

EL DIA DE SAN PEDRO

...un día después de la guerra

si hay guerra

si después de la guerra hay un día

si después de la guerra hay amor

y si hay con qué hacer el amor.

J. Mario

Cuando Pedro llegó al pueblo, sintió el abrigo indiscreto de ingenuas miradas campesinas que apuntaban sus certeros ojos hacia él. Todos se habían enterado de los sucesos cerca de la base militar de “El Bohío”, por eso, observaban su figura alta y esbelta pero varonil, caminando con lentitud y firmeza por el camellón principal adornado, ahora, con aquellos cálidos y humildes rostros pletóricos de solidaridad y gestos de verdadera compasión. Aquella gente, atraída por simple curiosidad, eran campesinos, en la mayoría de los casos, analfabetas, pero con un alto sentido del honor y respeto hacia la desgracia humana representada ahora, por aquel soldado que caminaba y caminaba con su traje de fatiga manchado de sangre y un brazo envuelto y colgado al cuello por su camisa militar que hacía

las veces de cabestrillo... Caminaba y caminaba con su cara hacia el piso y su corazón inundado por un torrente de confusos sentimientos que iban y venían cual mareas hambrientas de destrucción.

Era un pueblo tranquilo y rutinario. De vez en cuando sucedía algo que se convertía en comidilla de su gente silenciosa por la misma falta de sucesos. Cuando Pedro llegó al cuartel para ser atendido en la enfermería, como un volcán en erupción, brotó de la tierra un rumor que con su asombrosa rapidez cubrió el ambiente del poblado.

Aquella enfermiza y crónica tranquilidad se transformó en murmullo: “Fueron tres los soldados heridos... como que uno de ellos murió... eran treinta y dos los que iban... les pasó lo mismo tres veces en dos días... todos eran jóvenes... el más viejo era un teniente de veinticuatro años... este pobre se salvó de milagro... con esa mano así es posible que la pierda ... ocho horas duró caminando el muchacho... lo dejaron detenido... pobre chino... hay que ayudarlo...”.

Mientras el murmullo corría, al cuartel llegaba comida campesina preparada con esmero, cigarrillos, ropa, plata y otros presentes que los campesinos llevaban “para Pedro el soldado” como decían al depositar su obsequio en la guardia del cuartel.

Pedro quedó detenido. Nadie lo volvió a ver desde el día de su llegada al pueblo. Cuatro meses después, supieron que el muchacho había sido sacado una noche como a las dos de la madrugada, cuando llegaron cuatro camiones militares, para llevarlo a la Capital.

-Buen muchacho era ese Pedro- Comentaba el comandante del cuartel -Su mejor amigo era el finado Víctor... llegaron el mismo día al batallón... Pedro se presentó como soldado voluntario... víctor era llevado a prestar el servicio militar obligatorio como bachiller... haaayyyggghhh- Suspiró el comandante y agregó -Buen muchacho...

y se sentó en la mesa de la tienda donde solía partir con sus amigos. En torno a él se formó un pequeño corillo que de hora en hora se hacía cada vez mas grande.

-Víctor tenía diez y siete años. Había terminado bachillerato en el colegio nacional de “El Bohío”. En la ceremonia de graduación había sido premiado con diploma de honor como el mejor bachiller de su promoción. En el ejército era uno de los soldados más destacados del séptimo contingente de mil novecientos noventa donde era el único soldado bachiller. Hijo de un activista político de izquierda, tenía cierta predilección por los temas de la guerra.

En el destacamento militar donde le correspondió, llegó a ser consejero de asuntos de guerra del teniente que comandaba el grupo de treinta y seis hombres encargados de patrullar la zona de “El Bohío” que había sido infiltrada por la guerrilla según informes de inteligencia militar.

A Víctor lo llamaban “el profe” porque estaba al tanto de resolver inquietudes intelectuales de sus compañeros de destacamento y además, porque ejercía la labor de verdadero profesor. Asumió con decisión y desinterés material la misión de enseñarle a leer a cuatro soldados del grupo. A otros les enseñaba operaciones matemáticas. Quienes leían un libro o el periódico le

preguntaban a Víctor por el significado de términos para ellos desconocidos.

Para el teniente, Víctor era muy importante, porque sabía que este soldado bachiller había leído libros enteros de táctica y estrategia militar como “De la Guerra” del general prusiano Karl Von Clausewitz, “Estrategia y Táctica de la Resistencia Vietnamita” de Vo Nguyen Giap, “Crítica a las Armas” de Regis Debray, El Bolívar del general Álvaro Valencia Tovar, y otros ensayistas de la Guerra. Así, Víctor tenía cierta confiabilidad como consejero militar del teniente.

Para completar el cuadro de sus cualidades, este muchacho era uno de los mejores tiradores de su contingente. De diez pruebas de tiro con tirador y blanco en movimiento, fallaba una o dos veces, pero nunca tres. La adaptación de Víctor a las tareas cotidianas del soldado fue muy rápida. Medía un metro con cincuenta y cinco centímetros, pero tenía un cuerpo dotado de una contextura atlética que le hacía fácil la disciplina y la actividad militar.

Pedro había estudiado hasta quinto primaria y desde cuando terminó, le ayudaba a su padre en las faenas del sembrado de maíz y frijol en un pueblito cercano de “El Bohío”. Tenía la misma edad de Víctor. Sus edades se diferenciaban solo en un día. Medía un metro con noventa y dos centímetros y su caminar era esbelto y elegante. Cuando llegó al batallón a presentarse como soldado, su espíritu estaba inundado por un mar de sentimientos encontrados de donde brotaban grandes olas de temor que se alternaban con violentas crestas de incomprendión para proyectarse y dibujarse sobre su rostro.

El batallón era para Pedro, el único refugio donde podía estar tranquilo. Su novia, una muchacha de quince años, tenía dos meses de embarazo y los padres de la chica buscaban al joven para obligarlo a casarse y salvar así el honor de la familia. El padre de Pedro no quería casar a su hijo “tan chino” pero sentía que su apellido estaba de boca en boca acompañado con adjetivos indignantes como “malandrín”, “desgraciado”, “aprovechado”, “corrompido”, “deshonesto”, “poco hombre” y otros que aumentaban en el padre los deseos de darle una buena reprimenda a su hijo. Además, Pedro no podía volver a ver a la muchacha sin correr el riesgo de ser agarrado a “plan de machete” por los familiares de la novia. En tales condiciones, pensaba Pedro, el mejor refugio era el batallón. Así, resolvería de una vez su situación militar, se ocultaba de los familiares de la novia y creaba un vacío en su casa para ganarse el perdón de sus padres.

A los pocos días, Pedro y Víctor competían por ser los mejores soldados de su contingente. En las pruebas físicas y atléticas se alternaban el primer lugar. Aunque en cuestiones del intelecto Víctor aventajaba a Pedro, este estaba dotado de cierta malicia indígena que en ocasiones dejaba la balanza a favor de Pedro como en el ajedrez, donde no tenían rival en todo el batallón.

Pedro, además, tenía una especial disposición para cumplir con cualquier tarea, desconociendo aun ciertas condiciones de su ejecución. Esta exclusiva aptitud militar hizo que sus compañeros lo llamaran “multioficios” o simplemente “multi”. Fue uno de los cuatro soldados que aprobaron un exigente curso relámpago de enfermería de guerra, razón por la

cuál fue nombrado enfermero de su destacamento.

Cuando un vehículo militar sufría de fallas mecánicas, Pedro estaba allí con sus manos llenas de grasa para solucionar el impasse. En campaña, era excelente cocinero y con gusto especial accedía a las solicitudes de sus compañeros para cocinar.

Con las cualidades de los dos jóvenes, bajo la dirección de un teniente, la subcomandancia de un sargento, la ayuda de dos cabos y cuatro dragoneantes, la patrulla móvil número siete, compuesta por treinta y dos soldados rasos, abandonó la base militar de “El Bohío” con la orden de rastrear durante cuatro meses la parte norte de la zona buscando un frente guerrillero que se estaría conformando allí.

A las pocas horas de camino empezaron las discrepancias sobre la forma de desplazarse por la zona. El teniente dividió el grupo en dos. Se responsabilizó de la mitad donde estaban Pedro y Víctor mientras el sargento tomaba el mando de la otra mitad. Cada grupo quedó con dos dragoneantes. Sobre un mapa de campaña y apoyados en el piso como mesa improvisada, los dos comandantes de cada grupo se dividieron la zona y analizaron varias vías de desplazamiento. Luego de definir posibles canales de comunicación en caso de mal funcionamiento de los radios, acordaron puntos de reunión para procesar la información obtenida.

No había problemas de comida ni pertrecho. Cada soldado llevaba un fusil galil, un revolver o pistola, cuatro granadas y munición suficiente... Cada grupo llevaba también cuatro rockets

y dos subametralladoras M-60 con sus respectivas cananas y proveedores.

Cuando el grupo del teniente se adentró en un monte más claro que espeso, la forma de marchar causó polémica entre Víctor y su comandante.

-Mi teniente, no podemos caminar a un metro de distancia cada uno. La vegetación no es tan pesada para eso. El camino es fácil y no vamos de paseo. Debemos distanciarnos mas...

-Continuaremos así Víctor... estoy seguro que por aquí no hay peligro de nada- Y con voz de mando gritó -Continuemos como vamos. Distancia de un metro entre cada uno... Ojo con los flancos... No olviden la rotación de vanguardia a retaguardia.

Esta polémica se repetía en horas de descanso y cuando la vegetación que los cubría era un pasto medianamente alto.

Durante los descansos, los soldados se dedicaban a diferentes actividades. Unos leían, otros jugaban naipes, otros escribían cartas a sus familiares o novias y los demás comentaban los pasajes de la campaña.

Pedro y Víctor pasaban bastante tiempo discutiendo sobre la forma de marchar. Las charlas sostenidas por ellos en los descansos se podían resumir así:

-¿Será que todos los ejércitos son así Víctor ? . . . ? Todos hacen cosas inoficiosas como estas ?

-¿Por qué Pedro ?

Porque esta campaña es inútil en esta zona que yo conozco muy bien y puedo asegurar que no hay posibilidades de que la gente acepte a la guerrilla... Siento como si estuviéramos jugando a la guerra...

-Y así estemos en plena guerra... Todo esto es inútil- Dijo Víctor y agregó

-La estupidez más grande que el hombre se ha podido inventar es la guerra. Fíjate, Pedro, es en la guerra donde el hombre aporta lo mejor que tiene para destruirse a si mismo... La guerra convierte a la ciencia en una criminal sirvienta y a la vez la adecua a sus necesidades para cobrarle su desarrollo.

-Bueno- Agregó Pedro -Yo por lo menos vine creyendo resolver un problema, pero los que vinieron obligados... No veo ningún sentido en esto...

-Pues nosotros no, pero los fabricantes de armas sí que le ven sentido... Para ellos esta mierda debe sonarle a plata... Cada muerto en la guerra les representa verdes, puros verdes... dólares... fíjate en los contrabandistas de armas... ¿cuánto ganan en cada negocio?... Pero para usted o yo o los otros pendejos que estamos aquí, no hay sentido... Yo por ejemplo debería estar estudiando ingeniería de petróleos o de sistemas con la beca que me gané en el bachillerato... Sería más útil al país si me dejaran estudiar en cambio de tirar mis ilusiones

con el gatillo de un fusil... Cuanta juventud, cualidades, calidades y valores humanos se pierden por la incapacidad de los políticos... porque la guerra es la incapacidad de la política y, sobre todo, del diálogo...

-Así es- Repuso Pedro -No había pensado en esto... y es que así es en la sociedad, en las casas... si las cosas no funcionan a las buenas, hay que actuar a las malas... es como una costumbre general...

Los sociólogos llaman a eso cultura de la violencia- Agregó Víctor -Esa cultura de la violencia aparece cuando la razón muere... a esa sin razón los hombres oponen otra razón no menos estúpida: la violencia... con ella se soluciona todo... todo se resuelve con la violencia, a los gritos, a las patadas.

-De verdad- Dijo Pedro -Pero es que... qué les cuesta a los comandantes regionales tanto del ejército como de la guerrilla, a los dirigentes políticos, gremiales y comunales o cívicos de cada región deponer su orgullo y su locura... dejar su prepotencia e intolerancia para promover diálogos y acuerdos que conduzcan a la prosperidad y desarrollo de cada región... si hicieran algo por la paz, algo por la vida, pasarían a la historia con más nombre y gloria que el que hoy les da ser caudillos de la guerra...

-Pero- Repuso Víctor mirando hacia el incierto horizonte -Los traficantes de la guerra, los dueños de la industria militar, los comerciantes de la vida y de la muerte lo permitirán ? ... de

esos si que hay por montones...

Y Pedro agregó -Es que ni los grandes líderes del país promueven diálogos regionales, ellos quieren ser los sabios que pretenden soluciones totales que a la larga resultan imposibles de obtener.

Una vez más la hora de reiniciar la marcha había llegado. Entre paso y paso, entre rastrojo y rastrojo, entre camino y trocha cada soldado le regalaba al viento y al monte sus ilusiones.

Víctor decía

-Quiero terminar esta joda para ir por mi beca, estudiar en la capital y convertirme en un investigador científico para enseñarle a mi país una senda constructora y creadora, para mostrarle a la juventud otra alternativa llena de esperanza y de progreso.

-Apenas termine esta mierda- Decía Pedro -con mi libreta militar de primera, me iré para la capital a trabajar y a estudiar. Dicen que con la libreta de primera es más fácil ubicarse allá. Así, Pedro resumía las aspiraciones más comunes de cada soldado. Uno de ellos quería continuar en la tropa como soldado profesional, pero todo dependía de su eficiencia en la alfabetización orientada por Víctor.

Al pasar un mes, el destacamento completo se reunió en el punto acordado y luego de un análisis de su trabajo habían concluido que en aquella zona no podía existir guerrilla,

primero, por las condiciones de su gente conservadora y pacífica, campesinos propietarios de pequeñas parcelas y mini cultivos de café, banano y maíz. Además, el terreno era un poco ondulado, pero de fácil acceso a cualquier sitio. No había monte espeso que permitiera el desplazamiento a posibles campamentos guerrilleros. Por eso, habían tomado la decisión de regresar a la base militar de “El Bohío”.

Poco a poco el grupo remontaba la distancia repitiendo algunos lugares de campamento. Todas las miradas devoraban los distintos tonos de verde que el hermoso paisaje les regalaba. El olor a hierba húmeda embriagaba deliciosamente los pulmones de la tropa. El retorno era alegre y bullicioso por la comprobada tranquilidad de la zona, Parecían un grupo de paseantes. Entre charla y chiste, entre risa y chanza, los muchachos se aproximaban a su destino. A día y medio de la base, sobre la quebrada “El Mohán”, los soldados pasaban uno a uno por el palo que servía de puente. Pedro iba de penúltimo y Víctor lo seguía. Cuando Pedro salió del puente y saltó sobre la hierba, se escuchó retumbar en todo el monte una eterna ráfaga que obligó a los soldados a tenderse y estar atentos a cualquier movimiento ajeno a ellos.

Ninguno de los muchachos disparó su arma. Todos conservaron su serenidad y esperaron varios minutos a la expectativa de los acontecimientos. El teniente se levantó poco a poco, se arrastró sobre la hierba muy despacio escudriñando a su alrededor. Todo era silencio absoluto. Nada se movía cerca. Llamó a Víctor, no encontró respuesta, entonces grito uno a uno el nombre de sus soldados iniciando por Pedro y Víctor para terminar con un -Haber,

miren qué paso, pero con cuidado... puede ser una emboscada.

Caminando agachados, los soldados se aseguraron de que todo estaba normal en los alrededores. No hubo emboscada. El teniente miró hacia el improvisado puente y vio el cuerpo de Pedro tendido en el piso y rodeado de sangre. Se aproximó, puso su cara cerca a la del joven y gritó

-El botiquín, rápido... Pedro está herido... Donde está Víctor carajo.

- Mi teniente- gritó un soldado -Víctor está muerto y su cuerpo está aquí en la quebrada... alguien que me ayude a sacar el cadáver...

-Cómo así... qué putas pasó aquí... vengan dos- Dijo angustiado el teniente -ayúdenme con Pedro... sargento, tome el fusil mientras nosotros lo levantamos para ponerlo en la camilla, cuidado con el arma.

-teniente- Dijo el sargento después de recoger el fusil -el proveedor está vacío.

-Cómo así sargento- Gritó el teniente.

Si mi teniente, creo que fue un accidente, Pedro se resbaló y al caer, este palo se metió en el disparador y botó todos los tiros del proveedor, no se cómo no se mató él mismo.

-Claro- Dijo el teniente -No se mató él, pero si mató a Víctor... que llamen a la base para que

nos manden el helicóptero urgentemente porque Pedro está muy mal herido... tiendan la carpa... ¿alguien más sabe primeros auxilios?... quedamos sin enfermero... rápido, la carpa... en el morral de Pedro está el botiquín... tráigalo, soldado...

-Teniente, que no pueden mandar el helicóptero porque están celebrando el San Pedro...

-Páseme el radio- Dijo el teniente, y comenzó a llamar angustiado -aquí, siete a base... siete llamando a base... base, ¿me copia?... base por favor responda, es urgente...

-Aquí base... ya se dijo que el helicóptero no sale... no insista... fuera...

El teniente, aún con el radio en la mano soltó un grito que se ahogó en llanto
-Hijueputassss... no les importa nada... una cula fiesta les importa más que nosotros...
ninguno de nosotros les importa...

-Teniente, la herida de Pedro no es grave, casi se baja la mano le hice un torniquete para detener un poco el sangrado- Dijo el sargento mirando al herido -está inconsciente más por el estruendo de la ráfaga que por el dolor de la herida.

Los soldados estaban confundidos por los acontecimientos. El grupo se dividió en dos opiniones. Unos decían que no fue accidente, que Pedro quería matar a Víctor y que apenas se despertara, lo iban a linchar. Otros preferían creer en el accidente y se declararon

guardianes de Pedro. El teniente, al notar el ambiente conflictivo, tomó la decisión de mandar al joven al pueblo.

Tan pronto como Pedro despertó, el teniente le explicó la situación y ante el llanto del chico, le entregó una pistola siete sesenta y cinco para que se defendiera o se suicidara por el camino del poblado.

Sus únicas compañías eran la soledad, la tristeza y la certeza de haber matado a su mejor amigo en un absurdo incidente que solo le podía pasar al más desdichado de los humanos, y en este momento el era el último de los desdichados, por eso su pena y su dolor lo acompañaron hasta llegar al pueblo y en los meses de su detención.

Así, con el pretexto de buscar atención médica, Pedro salió, con la herida bien vendada tras los cuidados del sargento, pero con el alma en mil pedazos llorando la muerte de su mejor amigo... como si la vida le pesara sobre sus hombros, empezó a devorar con paso lento, cada uno de los segundos, de los minutos, de las ocho y más horas que lo separaban del poblado más cercano...

En la tienda junto al cuartel donde Pedro pasó su primera detención, el comandante del pueblo decía y repetía tras contar la historia -Buen muchacho era ese Pedro- mientras consumía el último trago de la sexta botella de aguardiente.